

POEMA 8*

JOSÉ MIGUEL HERBOZO DUARTE¹

para Victoria Velasco, in memóriam

*El cementerio aparece pequeño como es, con sus linderos
que más que separar de la muerte, alejan el pastar
de unos becerros que crecen entregados a la grama amarilla
y el seso golpeado por la sangre, que lleva desde el estómago
las conversiones de unos ciclos que hacen todo estar dispuesto
a las involuciones de un sueño real sin un anclaje.*

*Algo del movimiento queda atrapado en mirar
al becerro que come, algo se aparta en dar molestia
al pastor-niño que piensa en escaparse
para entregarse a los juegos. Algo regresa a los ojos
de este nadie que mira, y espera de aquello
la secuela de un contraste: una fila de casas donde
antes
parcelas menores de tierra rodeaban el alimento
del becerro, que siendo más alto, da trabajo por igual
al pastor visto años antes por mis tíos, niño también
en darse prisa y enfrentar con ojos nuevos el entorno
y escapar a los juegos de quienes son como él.*

*Concentrado en sus líneas, el mayor de todos
piensa en la abuela, que yace en algún punto
de la llanura alguna vez baldía en las afueras
del vecindario conocido. El mundo persiste hiriendo,
regalando la rifa del fracaso para que la tierra mezcle
los nervios del primer principio, el temor de fallar*

*coronado con una que otra golpiza, palos de escoba
en astillas, un San Martín golpeando el culo, los
tobillos,
y mucho llanto para apagar un mundo ido en recuerdos
que persisten en volver. La imagen del bisabuelo varía
tan lento que remece la tierra como sucede en los sismos,
en que se piensa dos veces hasta en la mugre de la piel,
y la imagen de la abuela crece hinchando de paz el pecho:
las transformaciones pasan desapercibidas
y la pelota que rueda hacia la familia caminante
parece que solo estorba o interrumpe algo sagrado
que más o menos todos hemos sentido, como revelaciones
venidas de los actos mismos, el aire, el mundo conocido,
láminas de la memoria que se esconden y agitan
y la bondad de una madre que apacigua, e invoca el futuro
para que todo pueda seguir.*

*Así pasaron los años
y vinieron los hijos, que se agregaron a los cinco
del anterior matrimonio, y alguno más que otro
que hace posible esta historia de las congregaciones
y su posterior irradiación a lo largo de un mundo
en el que todo se vuelve a deshacer. Hubo un segundo*

¹ Lima, 1984. Estudió Literatura Hispanoamericana en la PUCP y un máster de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Colorado, en Boulder, EE.UU, donde sigue un doctorado. Ha publicado *Catedral* (Estruendomudo, 2005), *Los ríos en invierno* (PUCP, 2007, Premio Nacional PUCP) y *El fin de todas las cosas* (Celacanto, 2014).

* Adelanto del poemario Huamanga.

en que pensaba ella que solo debía seguir la voluntad del padre, la voluntad del señor ese de cuarentitantos que, en el fondo, puede resultar bien, entender todo como nos es dado, y aceptar las cosas que vienen y se desprenden de uno, para poder volver.

Así recuerdan todos al abuelo y la abuela, como si fueran únicos en ser hijos de un tiempo que escapa lento al seso, y resulta ajeno al aire de esto que llamamos con ansia el origen y parece una isla segregada que invocamos como apoyo seguro en los mapas de la mente pero se escribe vacía, salvo por el becerro, el pastor joven, pabellones de muertos antiguos ante la proliferación de un entorno acaso nuevo incluso para los recuerdos. Entonces ellos dicen cómo fue que llevar el paraguas al abuelo era habitual por entonces, sacrificios de ser el mayor -el más jodido de los hijos a veces, corrigen los otros-, reproduce el mundo antes de todo venido, en que se lleva algo el peso de los que vienen antes, el aire saturado respirado por otros, y se transmite el miedo de un destino del que nos alejamos sabiendo que existe en el ánimo una tendencia a volver.

Historias de castigo se transforman en risa zozobra y alegría por la fuga del perseguido y recuerdo del que despista para alargar el castigo -pero como sucede con las sentencias del mundo- pero nunca para impedir que el recuerdo se grabe

con unos cuantos golpes. Alguien consuela al dolido con historias sobre los días primeros ya fuera de casa, cuando la vida a solas transforma el sol en nuevo y crece el paralelo entre el escape por los matorrales, entre los maizales crecientes y la posibilidad de dejar al encolerizado padre atrás, y vivir unos días comiendo habas o mote de casa de algún vecino hasta que un delator corta el cable de los sueños y la fuga de casa termina en látigo y encierro.

Ahora que el mundo ha cambiado y nosotros con él y no hay padres que temer ni maizal para ocultarse el mundo es más jodido pero también más amable. Ya nada de esa mierda de esperarlo al viejo parado como cojudo en la lluvia, como si fuera peón y él bien con paraguas, traje y sobretodo, y mamá moviendo la casa, y a la vez siendo madre.

La caminata se hace lenta como en tácito acuerdo para que todos hablen, y la parte de mudarse abre más líneas amargas que ya hemos escuchado alguna vez, aunque los enredos proliferan y el dolor termina asemejándose a una dicha que se enreda en el habla de quien sueña el pasado parecido a la paz de los ideales. Alguien se para a encender un cigarro, a comprar agua en una bodega, alguien abraza a alguien, alguien se siente solo, alguien anota en la mente la escena, y la escribe para ti.